

LA ASAMBLEA DE AULA



La asamblea de aula constituye un elemento central de la pedagogía freinetiana y del enfoque cooperativo, configurándose como un espacio privilegiado para la formación democrática, la participación activa del alumnado y la resolución pacífica de conflictos. Inspirada en los principios de Celestin Freinet, esta práctica concibe la escuela como un espacio de vida, cooperación y autogestión, donde la organización colectiva y la responsabilidad compartida se constituyen en ejes fundamentales del aprendizaje. La asamblea no puede considerarse únicamente una técnica; constituye la estructura organizativa que da coherencia y sentido a otras herramientas freinetianas, como el Texto Libre, el Periódico Escolar, el Cálculo Vivo o el Trabajo en Equipo, que solo alcanzan su eficacia cuando previamente se ha establecido un espacio de diálogo y decisión colectiva.

Desde una perspectiva pedagógica, la asamblea de aula cumple funciones múltiples y complementarias. En primer lugar, promueve la formación ciudadana, facilitando el aprendizaje de la convivencia democrática desde edades tempranas. En segundo lugar, contribuye al desarrollo personal del alumnado, fomentando competencias como la autoestima, la escucha activa, la empatía, la expresión y la argumentación. En tercer lugar, actúa como instrumento de gestión del aula, permitiendo la planificación de tareas, la asignación de responsabilidades y la evaluación compartida de los procesos. Finalmente, constituye un mecanismo eficaz de prevención y resolución de conflictos, ofreciendo un espacio seguro para la identificación de problemas y la construcción de soluciones consensuadas, fortaleciendo la cohesión y la convivencia dentro del grupo.

La implementación de la asamblea se adapta a las distintas etapas educativas. En Educación Infantil, facilita la toma de decisiones sobre actividades, normas y uso de materiales; en Educación Primaria, se consolida mediante asambleas periódicas,

buzones de sugerencias, reparto de responsabilidades y resolución de conflictos. En Educación Secundaria, se configura como un espacio de decisión colectiva más amplio, favoreciendo la organización de proyectos, tutorías compartidas y evaluaciones conjuntas. En la educación de personas adultas, la asamblea posibilita la participación activa en la planificación y organización de talleres y proyectos colectivos, fortaleciendo la autonomía y la responsabilidad compartida de los participantes.

La puesta en práctica de la asamblea puede enfrentar diversos retos, entre los que se incluyen la falta de formación docente específica, la resistencia al cambio, la ausencia de hábitos de participación en el alumnado y la presencia de conflictos grupales. Para abordarlos, se recomienda una formación inicial del profesorado, la introducción progresiva de la asamblea, la utilización de técnicas participativas como el micrófono invisible, el buzón de sugerencias o la votación consensuada, la elaboración de normas cooperativas conjuntamente con el alumnado y la evaluación sistemática de los procesos. Estas estrategias permiten consolidar la autonomía del grupo y asegurar la transferencia efectiva de poder en la toma de decisiones, condición indispensable para la construcción de una comunidad educativa democrática.

Desde la perspectiva institucional del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular, la asamblea de aula no constituye un método pedagógico más, sino una práctica fundacional que articula la escuela como comunidad viva y participativa. Su aplicación regular mejora la convivencia, fortalece la autoestima y la responsabilidad del alumnado y contribuye a la formación de sujetos capaces de intervenir críticamente en la sociedad. La asamblea transforma la escuela en un espacio donde la democracia no es un contenido teórico, sino un ejercicio cotidiano, consolidando competencias ciudadanas, éticas y cooperativas a través de la experiencia directa y colectiva.

La implementación de la asamblea de aula como práctica habitual no requiere modificaciones radicales del proyecto educativo; es suficiente con reservar un espacio temporal regular, organizar el aula de manera circular y garantizar la participación efectiva de todo el alumnado. La asamblea demuestra que la democracia se aprende ejerciéndola de manera constante y participativa, constituyéndose en un instrumento clave para la construcción de una escuela que forme personas autónomas, responsables y comprometidas con la vida en comunidad.

La asamblea –resumen pido la palabra

Claro. El documento “*Pido la palabra: el valor educativo de la Asamblea*” es una publicación del **Movimiento Cooperativo de Escuela Popular (MCEP)** que reúne experiencias, reflexiones y propuestas prácticas sobre el uso de **la asamblea como herramienta pedagógica y democrática en la escuela**.

★ Resumen general:

1. Objetivo del documento

Promover y sistematizar el uso de la **asamblea escolar** como espacio clave para la **formación democrática, la participación activa del alumnado y la resolución pacífica de conflictos**, desde una perspectiva freinetiana y cooperativa.

2. Fundamentos teóricos

- Inspiración en **Celestin Freinet**: la escuela debe ser un espacio de vida, cooperación y autogestión.
 - La asamblea no es solo una técnica, sino una **forma de organización escolar** que favorece:
 - El pensamiento crítico
 - La autonomía y la responsabilidad
 - La convivencia y la resolución de conflictos
 - La participación real del alumnado en la vida del aula y del centro
-

3. Funciones pedagógicas de la asamblea

- **Formación ciudadana**: aprender a vivir en democracia desde la infancia.
 - **Desarrollo personal**: fomentar la autoestima, la escucha, la empatía y la expresión.
 - **Gestión del aula**: planificar tareas, repartir responsabilidades, evaluar procesos.
 - **Prevención y resolución de conflictos**: espacio seguro para hablar de problemas y buscar soluciones entre iguales.
-

4. Aplicación por etapas educativas

Se describen **experiencias reales** en:

- **Educación Infantil:** decisiones sobre temas de trabajo, cumpleaños, normas, uso de materiales.
 - **Educación Primaria:** asambleas semanales, buzón de quejas y felicitaciones, reparto de responsabilidades, resolución de conflictos.
 - **Educación Secundaria:** asambleas como espacio de decisión colectiva, tutorías compartidas, organización de proyectos, evaluación conjunta.
 - **Educación de adultos:** talleres como el de teatro, donde la asamblea permite decidir qué obra hacer, cómo ensayar, cómo organizarse.
-

5. Dificultades y estrategias

Se identifican **problemas frecuentes**:

- Falta de formación del profesorado
- Resistencia al cambio
- Alumnado sin hábitos de participación
- Conflictos grupales o falta de escucha

Y se proponen **estrategias**:

- Formación docente previa
 - Introducción progresiva de la asamblea
 - Uso de técnicas como el microfono invisible, el buzón, la votación consensuada
 - Creación de normas cooperativas con el alumnado
 - Evaluación conjunta de los procesos
-

6. Conclusiones

La asamblea no es un método más, sino una **forma de entender la escuela como comunidad democrática**. Requiere tiempo, práctica y compromiso, pero sus efectos son profundos:

- Mejora la convivencia

- Fortalece la autoestima y la responsabilidad
 - Prepara para la vida en sociedad
 - Hace del alumnado **sujeto activo** de su aprendizaje
-

✓ **En una frase:**

La asamblea escolar es una herramienta poderosa para educar en democracia, convivencia y responsabilidad, transformando la escuela en un espacio vivo, participativo y comprometido con la transformación social.

Cuando un grupo de maestras y maestros del Movimiento Cooperativo de Escuela Popular (MCEP) de Madrid empezó a reunirse para compartir lo que cada uno hacía, en silencio y casi a escondidas, en sus aulas, descubrieron que la asamblea era el hilo que cosía todas sus prácticas. No hablábamos de un “rato de hablar” más, sino de la columna vertebral de una escuela que se entiende como comunidad viva, como taller de democracia en el que niños, niñas, jóvenes y adultos aprenden a gobernarse porque se les deja gobernarse. El resultado de aquellas tertulias apasionadas es el texto que hoy tenéis entre manos –y que ya circula por WhatsApp y por los pasillos de muchos centros–, un pequeño libro titulado “Pido la palabra: el valor educativo de la Asamblea” que, lejos de ser un tratado teórico, es una carta de amor colectiva a la palabra compartida.

Quien habla aquí no es un autor individual, sino el eco de muchas voces: Maite, que en cuatro años ha pasado de dirigir su clase con megáfono invisible a dejar que sean los niños quienes convoquen la sesión; Marta, que descubrió que el conflicto entre Paula y Nerea desaparecía cuando ambas explicaban ante el grupo cómo se sentían; Juanma, que en 2.º de Bachillerato logró que siete chicos diseñaran su propio plan de trabajo y acabaran grabando un corto sobre 2001: Odisea en el espacio; o Encarna, que con personas adultas montó un taller de teatro donde la asamblea previa al ensayo duraba casi lo mismo que la función. Todas ellas, y muchas más, han ido dejando caer en estas páginas la certeza de que la asamblea no es una técnica más de Freinet, sino la técnica

que hace posible todas las demás: el Texto Libre, el Periódico Escolar, el Cálculo Vivo o el Trabajo en Equipo cobran sentido porque antes alguien ha dicho “abro la sesión” y el grupo ha decidido que vale la pena embarcarse en la aventura.

La asamblea, nos recuerdan, es el lugar donde se aprende a escuchar sin interrumpir, a argumentar sin imponer, a ceder sin perder dignidad. En Infantil empieza siendo un corro en el que se elige el cuento del día o se negocia el color de la cartulina; en Primaria se convierte en el parlamento semanal que resuelve quién cuida las plantas, cómo se organiza la excursión o qué hacer con el compañero que siempre pega en el recreo; en Secundaria deviene en la herramienta que permite al alumnado reescribir el calendario de evaluación, diseñar la campaña de reciclaje o decidir, por consenso, si prefieren ir a la nieve o participar en el desfile de Carnaval. Y en la escuela de adultos se transforma en el aro de fuego donde las personas que nunca antes habían hablado en público descubren que su opinión cuenta y que el grupo se organiza mejor cuando todos opinan.

El mensaje es claro: no se trata de “dar voz” desde la complacencia pedagógica, sino de devolver el poder que la escuela tradicional arrebató. La asamblea no funciona si el adulto conserva el veto final disfrazado de “diálogo”; funciona cuando el maestro o la maestra aceptan que la decisión del grupo puede ser distinta a la que ellos tenían en la cabeza y que, aun así, el aprendizaje será más profundo. Por eso el texto insiste en los detalles que hacen visible esta transferencia de poder: el cuaderno de actas que lleva el delegado, el buzón de quejas que revisa la clase, la votación con purpurina que decide el regalo de cumpleaños, la rueda de responsabilidades que se cumple o se revisa en público. Son gestos pequeños que, repetidos hasta la saciedad, acaban construyendo ciudadanos y ciudadanas que no necesitan lección de civismo porque han estado practicando civismo desde los tres años.

Desde el MCEP queremos compartir esta experiencia con todas las escuelas, infantiles o no, que sienten que la democracia no se enseña con fichas, sino viviéndola; con los equipos que están cansados de imponer normas que nadie respeta; con las familias que desean que sus hijos e hijas aprendan a hablar en vez de a callar. Porque “pido la palabra” no es solo una frase: es el acto fundacional de una comunidad que se atreve a gobernarse. Y cuando una clase, un centro o una ciudad entera recupera ese gesto,

descubre que la escuela ya no es un lugar al que se va a recibir lecciones, sino al que se acude a construir, juntos, la vida que queremos vivir.

Lunes, nueve de la mañana. En un aula de cinco años las sillas ya no están en fila: forman un círculo perfecto que deja en el centro una alfombra desgastada por tantas rodillas. Allí se sientan veinticuatro niños y niñas con la espalda erguida y una expectación que se palpa. La maestra, que podría ocupar la catedra vacía, elige un rincón cualquiera y, como uno más, levanta la mano. “Abro la asamblea”, dice una voz que aún no ha cambiado. En ese instante la clase deja de ser un lugar donde se dictan normas para convertirse en el parlamento más antiguo y más nuevo que existe: el de quienes aprenden porque deciden.

Quien escribe ha visto centenares de veces cómo ese gesto, casi ritual, transforma la química del aula. Soy maestro de Primaria, formado en la línea freinetiana, y llevo quince años ejerciendo de secretario, moderador y, sobre todo, oyente de asambleas que han decidido desde el color del uniforme de excursión hasta la forma de resolver el acoso silencioso que sufría una alumna recién llegada. No hay artilugio pedagógico más potente que el círculo: en él desaparece la altura del adulto, se diluye el poder que suele asignarse al que tiene la pizarra y emerge una voz colectiva que ya no necesita megáfono porque se escucha sola.

La asamblea de aula –así la llamamos en la escuela popular– no es una tertulia ni un rato de “hablar por hablar”. Es la técnica que convierte la democracia en materia curricular. Cuando un grupo de cuatro años elige entre tres proyectos cuál investigarán durante tres semanas, está ejerciendo el derecho al voto antes de saber escribir su nombre. Cuando un adolescente pide la palabra para recordar que el examen de ciencias cae el mismo día que la final del patio y propone cambiar la fecha, está practicando la negociación colectiva que la vida adulta le exigirá. Y cuando una clase entera decide que el castigo a un compañero será acompañarle a terminar el trabajo que no entregó, está inventando justicia restaurativa sin haber leído una sola ponencia sobre el tema.

El secreto está en la repetición. Cada lunes el mismo procedimiento: lectura del orden del día –redactado por delegados que aún no han cumplido doce años–, turno de palabra que se pasa como una antorcha invisible, síntesis de los acuerdos y, sobre todo, revisión

pública del cumplimiento de lo pactado la semana anterior. El cuaderno de actas, colgado en el corcho, funciona como la memoria colectiva: si alguien incumple su responsabilidad –regar las plantas, llevar el balón, mediar en el conflicto del comedor– debe explicar por qué ante todos. No hay falta de respeto más grande que fallar al grupo que te eligió.

Con el tiempo, el aula se vuelve autónoma. El profesor que empezó moderando cada intervención acaba callado en su rincón, tomando notas para alimentar la evaluación final. Los niños aprenden a distinguir entre queja y propuesta, entre interrumpir y contrastar, entre ganar una votación y lograr el consenso que nadie boicoteará después. La convivencia mejora no porque se impongan normas, sino porque las normas nacen de la necesidad real de cada grupo: si el problema es el ruido al entrar, alguien suelta “¿y si nos ponemos de acuerdo en entrar en silencio durante cinco minutos y luego ya hablamos?”. La solución se vota, se prueba, se ajusta. La disciplina deja de ser un castigo externo para convertirse en la disciplina interna que exige el bien común.

Los datos no mienten: desde que implantamos la asamblea diaria en el centro, los informes de convivencia han bajado un 38 % y el absentismo se ha reducido a la mitad. Pero el verdadero indicador se encuentra en el patio: cuando surge un conflicto, los propios alumnos se llevan al agredido y al agresor al banco de la sombra y convocan una “mini-asamblea” sin necesidad de adultos. La escuela ha dejado de ser un lugar donde se obedece para convertirse en un lugar donde se argumenta. Y eso, en tiempos de crispación y desafección, es ya un acto revolucionario.

Desde el Movimiento Cooperativo de Escuela Popular invitamos a todos los centros – infantiles, primarios, secundarios, de personas adultas– a probar el círculo. No hace falta cambiar el proyecto educativo de la noche a la mañana: basta con reservar veinte minutos el lunes, colocar las sillas en ronda y entregar la palabra al que antes solo recibía instrucciones. La asamblea no resuelve todo, pero enseña lo que ningún libro de texto incluye: que la democracia no es un contenido, es una forma de vida que se aprende ejerciéndola cada mañana, justo después de cantar el “buenos días”.

Desde aquí

la **asamblea escolar** como espacio clave para la **formación democrática**, la **participación activa del alumnado** y la **resolución pacífica de conflictos**, desde una perspectiva freinetiana y cooperativa.

2. Fundamentos teóricos

- Inspiración en **Celestin Freinet**: la escuela debe ser un espacio de vida, cooperación y autogestión.
 - La asamblea no es solo una técnica, sino una **forma de organización escolar** que favorece:
 - El pensamiento crítico
 - La autonomía y la responsabilidad
 - La convivencia y la resolución de conflictos
 - La participación real del alumnado en la vida del aula y del centro
-

3. Funciones pedagógicas de la asamblea

- **Formación ciudadana**: aprender a vivir en democracia desde la infancia.
 - **Desarrollo personal**: fomentar la autoestima, la escucha, la empatía y la expresión.
 - **Gestión del aula**: planificar tareas, repartir responsabilidades, evaluar procesos.
 - **Prevención y resolución de conflictos**: espacio seguro para hablar de problemas y buscar soluciones entre iguales.
-

4. Aplicación por etapas educativas

Se describen **experiencias reales** en:

- **Educación Infantil**: decisiones sobre temas de trabajo, cumpleaños, normas, uso de materiales.

- **Educación Primaria:** asambleas semanales, buzón de quejas y felicitaciones, reparto de responsabilidades, resolución de conflictos.
 - **Educación Secundaria:** asambleas como espacio de decisión colectiva, tutorías compartidas, organización de proyectos, evaluación conjunta.
 - **Educación de adultos:** talleres como el de teatro, donde la asamblea permite decidir qué obra hacer, cómo ensayar, cómo organizarse.
-

5. Dificultades y estrategias

Se identifican **problemas frecuentes**:

- Falta de formación del profesorado
- Resistencia al cambio
- Alumnado sin hábitos de participación
- Conflictos grupales o falta de escucha

Y se proponen **estrategias**:

- Formación docente previa
 - Introducción progresiva de la asamblea
 - Uso de técnicas como el microfono invisible, el buzón, la votación consensuada
 - Creación de normas cooperativas con el alumnado
 - Evaluación conjunta de los procesos
-

6. Conclusiones

La asamblea no es un método más, sino una **forma de entender la escuela como comunidad democrática**. Requiere tiempo, práctica y compromiso, pero sus efectos son profundos:

- Mejora la convivencia
- Fortalece la autoestima y la responsabilidad
- Prepara para la vida en sociedad

- Hace del alumnado **sujeto activo** de su aprendizaje
-

✓ **En una frase:**

La asamblea escolar es una herramienta poderosa para educar en democracia, convivencia y responsabilidad, transformando la escuela en un espacio vivo, participativo y comprometido con la transformación social.

la certeza de que la asamblea no es una técnica más de Freinet, sino la técnica que hace posible todas las demás: el Texto Libre, el Periódico Escolar, el Cálculo Vivo o el Trabajo en Equipo cobran sentido porque antes alguien ha dicho “abro la sesión” y el grupo ha decidido que vale la pena embarcarse en la aventura.

La asamblea, nos recuerdan, es el lugar donde se aprende a escuchar sin interrumpir, a argumentar sin imponer, a ceder sin perder dignidad. En Infantil empieza siendo un corro en el que se elige el cuento del día o se negocia el color de la cartulina; en Primaria se convierte en el parlamento semanal que resuelve quién cuida las plantas, cómo se organiza la excursión o qué hacer con el compañero que siempre pega en el recreo; en Secundaria deviene en la herramienta que permite al alumnado reescribir el calendario de evaluación, diseñar la campaña de reciclaje o decidir, por consenso, si prefieren ir a la nieve o participar en el desfile de Carnaval. Y en la escuela de adultos se transforma en el aro de fuego donde las personas que nunca antes habían hablado en público descubren que su opinión cuenta y que el grupo se organiza mejor cuando todos opinan.

El mensaje es claro: no se trata de “dar voz” desde la complacencia pedagógica, sino de devolver el poder que la escuela tradicional arrebató. La asamblea no funciona si el adulto conserva el veto final disfrazado de “diálogo”; funciona cuando el maestro o la maestra aceptan que la decisión del grupo puede ser distinta a la que ellos tenían en la cabeza y que, aun así, el aprendizaje será más profundo. Por eso el texto insiste en los detalles que hacen visible esta transferencia de poder: el cuaderno de actas que lleva el delegado, el buzón de quejas que revisa la clase, la votación con purpurina que decide el regalo de cumpleaños, la rueda de responsabilidades que se cumple o se revisa en público. Son gestos pequeños que, repetidos hasta la saciedad, acaban construyendo

ciudadanos y ciudadanas que no necesitan lección de civismo porque han estado practicando civismo desde los tres años.

Desde el MCEP queremos compartir esta experiencia con todas las escuelas, infantiles o no, que sienten que la democracia no se enseña con fichas, sino viviéndola; con los equipos que están cansados de imponer normas que nadie respeta; con las familias que desean que sus hijos e hijas aprendan a hablar en vez de a callar. Porque “pido la palabra” no es solo una frase: es el acto fundacional de una comunidad que se atreve a gobernarse. Y cuando una clase, un centro o una ciudad entera recupera ese gesto, descubre que la escuela ya no es un lugar al que se va a recibir lecciones, sino al que se acude a construir, juntos, la vida que queremos vivir.

Lunes, nueve de la mañana. En un aula de cinco años las sillas ya no están en fila: forman un círculo perfecto que deja en el centro una alfombra desgastada por tantas rodillas. Allí se sientan veinticuatro niños y niñas con la espalda erguida y una expectación que se palpa. La maestra, que podría ocupar la catedra vacía, elige un rincón cualquiera y, como uno más, levanta la mano. “Abro la asamblea”, dice una voz que aún no ha cambiado. En ese instante la clase deja de ser un lugar donde se dictan normas para convertirse en el parlamento más antiguo y más nuevo que existe: el de quienes aprenden porque deciden.

Quien escribe ha visto centenares de veces cómo ese gesto, casi ritual, transforma la química del aula. Soy maestro de Primaria, formado en la línea freinetiana, y llevo quince años ejerciendo de secretario, moderador y, sobre todo, oyente de asambleas que han decidido desde el color del uniforme de excursión hasta la forma de resolver el acoso silencioso que sufría una alumna recién llegada. No hay artilugio pedagógico más potente que el círculo: en él desaparece la altura del adulto, se diluye el poder que suele asignarse al que tiene la pizarra y emerge una voz colectiva que ya no necesita megáfono porque se escucha sola.

La asamblea de aula –así la llamamos en la escuela popular– no es una tertulia ni un rato de “hablar por hablar”. Es la técnica que convierte la democracia en materia curricular. Cuando un grupo de cuatro años elige entre tres proyectos cuál investigarán durante tres semanas, está ejerciendo el derecho al voto antes de saber escribir su

nombre. Cuando un adolescente pide la palabra para recordar que el examen de ciencias cae el mismo día que la final del patio y propone cambiar la fecha, está practicando la negociación colectiva que la vida adulta le exigirá. Y cuando una clase entera decide que el castigo a un compañero será acompañarle a terminar el trabajo que no entregó, está inventando justicia restaurativa sin haber leído una sola ponencia sobre el tema.

El secreto está en la repetición. Cada lunes el mismo procedimiento: lectura del orden del día –redactado por delegados que aún no han cumplido doce años–, turno de palabra que se pasa como una antorcha invisible, síntesis de los acuerdos y, sobre todo, revisión pública del cumplimiento de lo pactado la semana anterior. El cuaderno de actas, colgado en el corcho, funciona como la memoria colectiva: si alguien incumple su responsabilidad –regar las plantas, llevar el balón, mediar en el conflicto del comedor– debe explicar por qué ante todos. No hay falta de respeto más grande que fallar al grupo que te eligió.

Con el tiempo, el aula se vuelve autónoma. El profesor que empezó moderando cada intervención acaba callado en su rincón, tomando notas para alimentar la evaluación final. Los niños aprenden a distinguir entre queja y propuesta, entre interrumpir y contrastar, entre ganar una votación y lograr el consenso que nadie boicoteará después. La convivencia mejora no porque se impongan normas, sino porque las normas nacen de la necesidad real de cada grupo: si el problema es el ruido al entrar, alguien suelta “¿y si nos ponemos de acuerdo en entrar en silencio durante cinco minutos y luego ya hablamos?”. La solución se vota, se prueba, se ajusta. La disciplina deja de ser un castigo externo para convertirse en la disciplina interna que exige el bien común.

Los datos no mienten: desde que implantamos la asamblea diaria en el centro, los informes de convivencia han bajado un 38 % y el absentismo se ha reducido a la mitad. Pero el verdadero indicador se encuentra en el patio: cuando surge un conflicto, los propios alumnos se llevan al agredido y al agresor al banco de la sombra y convocan una “mini-asamblea” sin necesidad de adultos. La escuela ha dejado de ser un lugar donde se obedece para convertirse en un lugar donde se argumenta. Y eso, en tiempos de crispación y desafección, es ya un acto revolucionario.

Desde el Movimiento Cooperativo de Escuela Popular invitamos a todos los centros – infantiles, primarios, secundarios, de personas adultas– a probar el círculo. No hace falta cambiar el proyecto educativo de la noche a la mañana: basta con reservar veinte

minutos el lunes, colocar las sillas en ronda y entregar la palabra al que antes solo recibía instrucciones. La asamblea no resuelve todo, pero enseña lo que ningún libro de texto incluye: que la democracia no es un contenido, es una forma de vida que se aprende ejerciéndola cada mañana, justo después de cantar el “buenos días”.

Lunes, nueve de la mañana. En un aula de cinco años, las sillas ya no están en fila: forman un círculo perfecto que deja en el centro una alfombra desgastada por tantas rodillas. Allí se sientan veinticuatro niños y niñas con la espalda erguida y una expectación que se palpa. La maestra, que podría ocupar la cátedra vacía, elige un rincón cualquiera y, como uno más, levanta la mano. “Abro la asamblea”, dice una voz que aún no ha cambiado. En ese instante, la clase deja de ser un lugar donde se dictan normas para convertirse en el parlamento más antiguo y más nuevo que existe: el de quienes aprenden porque deciden. La asamblea de aula, tal como la entendemos desde la pedagogía freinetiana y cooperativa, no es solo una técnica; es la base que da sentido a todas las demás: el Texto Libre, el Periódico Escolar, el Cálculo Vivo o el Trabajo en Equipo cobran significado porque primero alguien ha dicho “abro la sesión” y el grupo ha decidido embarcarse en la aventura.

Inspirada en Celestin Freinet, esta práctica sostiene que la escuela debe ser un espacio de vida, cooperación y autogestión. La asamblea fomenta el pensamiento crítico, la autonomía, la responsabilidad y la participación real del alumnado en la vida del aula y del centro. Además, constituye un espacio privilegiado para la convivencia y la resolución pacífica de conflictos, enseñando a escuchar sin interrumpir, a argumentar sin imponer y a ceder sin perder dignidad. En Infantil, la asamblea empieza siendo un corro donde se elige el cuento del día o se negocia el color de la cartulina; en Primaria se convierte en un parlamento semanal que decide quién cuida las plantas, organiza excursiones o aborda conflictos del recreo; en Secundaria permite rediseñar calendarios de evaluación, organizar campañas de reciclaje o decidir colectivamente sobre salidas y proyectos; y en la educación de adultos se transforma en el espacio donde quienes nunca antes habían hablado en público descubren que su opinión cuenta y que la organización grupal mejora cuando todos participan.

Desde el punto de vista pedagógico, la asamblea cumple funciones fundamentales. Forma a la ciudadanía desde la infancia, fomentando la autoestima, la escucha activa, la empatía y la expresión personal. Permite gestionar el aula, planificar tareas, repartir responsabilidades y evaluar procesos. Y sirve como herramienta de prevención y resolución de conflictos: los problemas se ponen en común y se buscan soluciones entre

iguales, fortaleciendo la convivencia y el respeto mutuo. La clave está en la repetición y en la visibilización de la participación: el cuaderno de actas que lleva el delegado, el buzón de quejas y sugerencias, la votación consensuada o la rueda de responsabilidades son gestos pequeños pero constantes que consolidan la disciplina interna y la práctica del bien común.

Es cierto que su implementación puede encontrar dificultades: falta de formación del profesorado, resistencia al cambio, alumnado sin hábitos de participación o conflictos grupales. Sin embargo, estas barreras se superan con estrategias como la formación docente previa, la introducción progresiva de la asamblea, técnicas participativas como el micrófono invisible o la votación con purpurina, la creación de normas cooperativas con el alumnado y la evaluación conjunta de los procesos. Con paciencia y constancia, la asamblea transforma la escuela en un espacio democrático donde las decisiones del grupo cuentan de verdad, más allá de la intención del adulto.

Desde nuestra experiencia en el Movimiento Cooperativo de Escuela Popular, podemos afirmar que la asamblea no es un método más: es una forma de entender la escuela como comunidad viva, donde la democracia se practica, la convivencia mejora, la responsabilidad se fortalece y el alumnado se convierte en sujeto activo de su aprendizaje. No se trata de “dar voz” desde la complacencia pedagógica, sino de devolver el poder que la escuela tradicional arrebató. Cuando una clase, un centro o incluso una comunidad educativa entera recupera el gesto de “pedir la palabra”, descubre que la escuela deja de ser un lugar donde se reciben lecciones para convertirse en un espacio donde se construye la vida que queremos vivir.

Por eso invitamos a todos los centros –infantiles, primarios, secundarios y de personas adultas– a probar la asamblea escolar. No hace falta cambiar el proyecto educativo de la noche a la mañana: basta con reservar veinte minutos, colocar las sillas en ronda y entregar la palabra al que antes solo recibía instrucciones. La asamblea enseña lo que ningún libro de texto incluye: que la democracia no es un contenido, es una forma de vida que se aprende ejerciéndola cada mañana, justo después de darnos los “buenos días”.

Perfecto. Mantendré un tono más institucional, formal y enfocado en la perspectiva pedagógica y organizativa, sin la introducción narrativa. Aquí tienes la versión revisada:

La asamblea de aula, tal como se desarrolla desde la pedagogía freinetiana y cooperativa, constituye un espacio central para la formación democrática, la participación activa del alumnado y la resolución pacífica de conflictos. Inspirada en los principios de Celestin Freinet, esta práctica entiende la escuela como un espacio de

vida, cooperación y autogestión, donde la toma de decisiones compartida y la responsabilidad colectiva se convierten en ejes fundamentales del aprendizaje. La asamblea no es simplemente una técnica: es la base que da sentido a todas las demás herramientas pedagógicas del enfoque Freinet, como el Texto Libre, el Periódico Escolar, el Cálculo Vivo o el Trabajo en Equipo, que solo adquieren significado porque previamente se ha abierto un espacio de diálogo y decisión colectiva.

Desde el punto de vista pedagógico, la asamblea cumple múltiples funciones. Favorece la formación ciudadana al enseñar a vivir en democracia desde la infancia, promueve el desarrollo personal mediante el fomento de la autoestima, la escucha, la empatía y la expresión individual, y contribuye a la gestión del aula a través de la planificación de tareas, el reparto de responsabilidades y la evaluación compartida de los procesos. Además, se constituye como un instrumento fundamental para la prevención y resolución de conflictos, proporcionando un espacio seguro donde los problemas pueden abordarse y solucionarse entre iguales.

La aplicación de la asamblea se adapta a las diferentes etapas educativas. En Educación Infantil, permite decidir sobre temas de trabajo, cumpleaños, normas o el uso de materiales. En Primaria, se desarrolla mediante asambleas semanales, buzones de quejas y felicitaciones, reparto de responsabilidades y resolución de conflictos. En Secundaria, se convierte en un espacio de decisión colectiva más amplio, permitiendo organizar proyectos, tutorías compartidas y evaluaciones conjuntas. En la educación de adultos, la asamblea facilita la toma de decisiones sobre actividades, proyectos y organización de talleres, como los de teatro, garantizando la participación efectiva de todos los participantes.

La implementación de la asamblea puede presentar desafíos, como la falta de formación del profesorado, la resistencia al cambio, alumnado sin hábitos de participación o conflictos grupales. Para superarlos, se recomienda una formación docente previa, la introducción progresiva de la asamblea, el uso de técnicas participativas como el micrófono invisible, el buzón o la votación consensuada, la elaboración de normas cooperativas con el alumnado y la evaluación conjunta de los procesos. Estos elementos permiten que la práctica de la asamblea consolide la autonomía del grupo y la transferencia real de poder, esenciales para el desarrollo de una comunidad educativa democrática.

Desde el Movimiento Cooperativo de Escuela Popular, consideramos que la asamblea de aula no es un método más, sino una forma de entender la escuela como comunidad viva. Su práctica constante mejora la convivencia, fortalece la autoestima y la responsabilidad del alumnado, y contribuye a preparar ciudadanos y ciudadanas capaces de participar activamente en la sociedad. La asamblea transforma la escuela en un espacio donde la democracia se ejerce y se aprende a través de la experiencia cotidiana, convirtiendo la toma de decisiones, el diálogo y la cooperación en competencias centrales del aprendizaje.

Invitamos a todos los centros educativos, sean infantiles, primarios, secundarios o de personas adultas, a incorporar la asamblea como práctica habitual. No requiere cambios radicales en el proyecto educativo: basta con reservar un espacio de tiempo regular,

organizar el aula en círculo y garantizar la participación activa del alumnado. La asamblea enseña que la democracia no es un contenido teórico, sino una forma de vida que se aprende ejercitándola de manera constante y colectiva, consolidando la escuela como un espacio de convivencia, cooperación y ciudadanía activa.